

triz de «La Divina Comedia», ya no es una alegoría o abstracción filosófica. Vemos en las poesías a una mujer bellísima, fina, delicada, rubia, que sabe sonreír y mirar con infinita dulzura, causando en el poeta un deleite y un deseo intenso de unirse a la belleza. No hemos de olvidar que Petrarca era un lector apasionado de Platón, y en cierto modo, con esta admiración, fué quien introdujo la corriente neoplatónica en el Renacimiento, que tan relacionada está con todo lo que se refiere a la esencia de las cosas y a su profunda belleza.

En lo que respecta a la forma poética, Petrarca está todavía muy influido por los trovadores provenzales y la escuela del «dolce stil nuovo» con sus artificios, antítesis forzadas y juegos de palabras. Con todo logra que el soneto adquiriera su forma definitiva y sea el vaso preferido durante varios siglos para contener los sentimientos poéticos. El encanto de su lírica es tal que hoy una primera lectura de sus composiciones sorprende como una revelación. La influencia que ejerció Petrarca sobre la poesía española fué muy grande; bien podemos decir que casi ninguno de nuestros grandes poetas de los siglos xv, xvi y xvii se libró del influjo petrarquesco. Igualmente determinó el curso de la lírica de otros países. El mérito de Petrarca es haber traído a primer plano los sentimientos personales, haberlos analizado con gran hondura psicológica, complaciéndose melancólicamente en la observación de sus propias penas amorosas. En este sentido Petrarca es un hombre moderno y a él debemos agradecer el descubrimiento de nuevas zonas hasta entonces desconocidas de nuestro mundo interior.

Compañero y amigo de Petrarca fué *Giovanni Boccaccio* (1313-1375); hijo de un comerciante florentino. Desde bien joven sintió afición por la poesía, el estudio de la literatura y la vida alegre de la corte de Anjou, en Nápoles, donde seguía la carrera de leyes. Sin afición por ésta ni por la carrera comercial, a la muerte de su padre, que tuvo lugar cuando la gran peste asoló Italia, Boccaccio se dedica de lleno a sus estudios y preferencias. Viaja por Europa y representa a su ciudad con distintas embajadas. Como Petrarca fué un gran entusiasta de la antigüedad y sintió un enorme amor por los libros.

Entre sus primeras obras se cuenta el «Filocolo», una novela en prosa donde relata el conocido asunto francés de los amores y aventuras de Flores y Blancaflor; el «Ameto», libro que constituye el primer ejemplo de novela pastoril, género tan divulgado por todas las literaturas posteriores; la «Fiammeta», novela psicológica donde la protagonista cuenta sus penas y se queja del abandono de que ha sido objeto por un amante infiel. Con este nombre de «Fiammeta» (llamita), Boccaccio también cantó a su amada, una dama de la corte de Anjou. Este libro de la «Fiammeta» es realmente encantador por la naturalidad con que la joven desengañada expresa los sentimientos de su corazón. Sin embargo, abundan las citas clásicas y se alude con demasiada frecuencia a la mitología, lo que carga excesivamente a la obra de retórica, ampulosa y erudición antigua. Este es un defecto que se encontrará en casi toda la producción de Boccaccio y de los escritores renacentistas. Podría decirse que son nuevos ricos de la antigüedad y hacen uso desmedido de sus conocimientos.